

Contadle las que apiña
Desapiadadas nieblas
Sobre su triste vida
La tempestad veloz!

Volad hasta encontrarle,
Decidle quien le espera:
Que rasgue los hijares
De su leal corcel,
Y que se lance al brio
De su veloz carrera...
Mas ¡ay! que será tarde
Cuando lleguéis á él.

Mañana no habrá tiempo,
Porque de plebe henchida
Del polvoroso circo
La redondez fatal,
En medio de la arena
Dará la dulce vida
La que desgarró el velo
De la lujuria real.

Mañana espira el plazo:
¡Valientes caballeros,
Mañana es el combate
Y aun falta justador!
Jamás peor parecen
Que limpios los aceros:
¡Lidiad por la belleza,
Lidiad por el honor!

Mas ¡ay! que habeis nacido
De estirpe cortesana,
Y cortesanos torpes
De corazon servil,
Adorareis cobardes
La imágen soberana,
Aunque los piés os ponga
Sobre la frente vil.

Lo sé: para vosotros
No hay honra ni grandeza
Que iguale á la sonrisa
O la amistad de un rey,
Y pues el rey condena
La dicha y la belleza,
Que espire bajo el peso
De la nefanda ley.

¡Traidores! como viles
Que al fin habeis nacido
La gloria vuestro nombre
Jamás recordará,
Y el arpa del poeta
Que os deja en el olvido
Primero que nombraros
Sus cuerdas romperá.

¡Mas quiero verlas rotas
Y rota mi garganta

Que nombres recordando
De gentes sin valor!
Mi voz no está vendida,
Y solamente canta
Los que valientes fueron
Con gloria y con honor.

¡Ay cuan en vano acechan
De Doña Luz los ojos
Allá desde su torre
Por si venir le ve,
Pues de vosotros no halla
Quien calme sus enojos,
Ni quien la dé esperanza,
Ni proteccion la dé!

¡Ay de la esposa triste
Que del esposo lejos
Con tierna voz le llama
Y él á su voz no va!
¡Ay sí, de quien no tiene
Ni amigos ni consejos
Y el plazo de sus días
Determinado está!

Brilló la fatal aurora
Limpia, apacible y serena,
Porque las penas del hombre
A los astros no interesan.
Brilló, y donde el plazo acaba
El juicio de Dios empieza,
Si es que Dios toma su parte
Donde hay injusticia y fuerza.

La muchedumbre se lanza
Precipitada en la vega:
Toledo en yermo se torna,
Y el ancho circo se llena.
Así se lanza en el valle
Banda de buitres hambrienta
A cebarse sanguinaria
En la moribunda presa.
¿Qué importa que el condenado
Larga agonía padezca
Como en nombre de quien vence
La multitud se divierta?
¿Qué importa que quien espire
Sea inocente ó no sea,
Como con pompa concluya
Y en espectáculo muera?
¿Qué importa que los insultos
De mil insolentes lenguas
De oprobios colmen la victima
Y centupliquen su pena,
Y que ella desesperada
En su venganza consienta
Y el alma ansiosa de sangre
Miseramente se pierda?

¡Qué imperta, si la canalla
Diz que en su ejemplo escarmienta
Y amor cobra á la justicia,
Aunque viene á escarnecerla!
¡Pobres humanos! ¡Imbéciles
Hijos de la madre tierra,
Cuando ostentais mas poder
Se ve mas vuestra miseria!
Leyes y penas hicisteis
De la virtud en defensa,
Y cada pena tomáis
En vez de escarmiento á fiesta.

Pero así van de este mundo
Todas las cosas revueltas,
Van todos á donde estorban
Y lo que les cumple dejan.
Que al cabo no es la canalla
Quien reparte las sentencias,
Y viene á ver cómo cumplen
Los condenados por ellas!
No es ella del fin del hombre
Quien ha de pedirle cuentas,
Y con descaro examina
Quién va sereno ó quien tiembla.
Vulgaridad insolente
É impia además de necia,
Pues quien á morir camina
Por Dios que no representa;
Que no hay en ello mas paso
De sátira ó de comedia
Que el perdón que él da á una turba
Que está para él sorda y ciega.
¡Acaso en el mundo luego
Doble su memoria queda,
Y unos por traidor le infaman,
Y otros por leal le aprecian...!
Pero tales son del mundo
Las ridículas quimeras,
Y acaso lo que hoy es culpa
Mañana mérito sea.

El sol se viene arrastrando
Su magnífica lumbrera,
Y ya á gran trecho del cielo
Avanza su luz espléndida.
La escarcha tornasolada
Se desvanece en la yerba,
Y en transparentes vapores
Huye á lo lejos la niebla.
Oyese el Tajo espumoso
Murmurar entre las peñas,
Con el canto de las aves
Que las orillas le pueblan,
Y que al són de su corriente
Desvanecidas se alegran,
Y le beben los cristales

Y le pican las arenas.
Hermosa está la mañana
Y está la naturaleza
En su claridad bañándose
Encantadora y risueña.
Suave y natural fresca
Perfuma el aire, y penetra
En el cerebro, alejando
Melancólicas ideas.
La vista cruza la atmósfera
Hasta una distancia inmensa
Por entre su velo diáfano
Perdiéndose sin violencia:
Y los objetos reciben
De la luz formas tan bellas,
Que enamoran los sentidos
Con mil ilusiones nuevas.
Un pajarillo volando,
Si pasa rápido y cerca,
Bajo sus alas tendidas
Mil tornasoles refleja:
Mil armonías silvestres
Del pico parlero suelta,
Y tras su rápida sombra
Ojos y oídos nos lleva.
Una triste florecilla
Que en los céspedes vegeta,
A la luz pura del alba
Ricos matices ostenta,
Y aroma grato despide,
Y jugo abundante deja,
Y el cáliz dó el semen guarda
Menudas hojas conservan.
Y si la flor por acaso
Crece en un áspera piedra
En un carcomido muro,
O de un tronco en una grieta
Y allí libre y encumbrada
Su forma al aura presenta
Y la estremece vagando
Sutil el aura y risueña...
¡Oh! delicia de los ojos,
Dulce imán de las inciertas
Memorias mal adormidas
Nos encanta y enajena
La florecilla silvestre;
Y tanto bien nos recuerda
Que nos detiene á mirarla...
Y ¡qué embeleso se encuentra,
Qué de ilusiones suavísimas,
Qué de deleites en ella!
¿Cómo pensar en desastres,
Ni cómo tender tras verla
Los desencantados ojos
Por la ensangrentada arena?
Mas ¡ay! que ya por Toledo
Las roncadas trompas toenan
Y se oye són de caballos,

Y vivas, que la presencia
Anuncian del rey Egica,
Cuya venganza no alteran
Ni la beldad de la víctima,
Ni la crueldad de la pena.
Allá en el estenso circo
La muchedumbre que espera
A las ventanas se agolpa
Y se empuja y se atropella.
Los que no ven se encaraman,
Los oprimidos se quejan,
Los ventajosos insultan,
Los pendencieros contestan,
Y crúzanse las palabras,
Y trábanse las pendencias,
Y las puñadas se emprenden
Y la chusma se revela.
Gritan unos: « ¡Que se matan! »
Otros gritan: « ¡Vayan fúeral »
Los que ven gritan: « ¡Ya vienen! »
Y aplauden y victorean.
El rey al cabo en el circo
Con sus cortesanos entra,
Y cada cual toma puesto,
Y la multitud se aquieta.
Vuélvense todos los ojos
Al sitio dó el rey se sienta,
Y al fin como hay que ver algo
La multitud se contenta.
Los que aguardaban ya dentro
Saludan á los que llegan,
Los recién llegados buscan
A los que saben que esperan.
Y crúzanse besamanos,
Nombres, sonrisas y señas;
Y repárase en el lujo,
En la gracia y la belleza,
Y el rico incomoda al pobre
Y el pobre aguanta y se estrecha.
Allí les distrae un calvo,
Allí abajo una mozueta
Que con descoco replica
A algunas gracias groseras.
Acá una dama notable
Por una hermosura extrema
Llama la atención del vulgo
Que atrevido la contempla.
Y allá un hombre de justicia
Con impavidez austera
A los chispazos del vulgo
Oídos hace de piedra.
Mas otra vez enterados
Los ociosos, de que aquella
Detención no tiene causa,
Y que la función no empieza,
Vuelven con largo murmullo
Memoria á hacer de la fiesta;
Corre la voz por las gradas

Y á grados la voz se aumenta
Y poco á poco concluye
Gritando la masa entera:
« ¡Que saquen á la acusada!
— ¡El acusador que venga! »
Y unos piden el combate
Y otros claman por la hoguera.
Crecen la audacia y las voces,
El tumulto se acrecienta,
Ni la majestad se mira
Ni la razón se respeta.
Al fin con fúebre pompa
De Occidente por las puertas
Entró cercada de lanzas
En la liza la princesa.
Desmelenada venia,
Sin esperanza, ni fuerzas,
A pié y en el bello rostro
El carmin de la vergüenza.
El pueblo elevó un murmullo
De ambiguo sentido al verla,
De compasión á una parte,
A otra parte de insolencia.
Dijeron unos: « ¡Qué lástima!
Tan jóven... y una princesa... »
— Y contestaron algunos:
« Esa es la ley verdadera
La que igual para con todos
Hasta todas partes llega. »
Aunque muchos por lo bajo
(Y de virtud mas severa)
Dijeron: « Esto es venganza,
Y si eso al rey interesa
Mátrala en su prision
Si es que morir mereciera,
Al menos por escusarse
Ver en su sangre esta mengua. »
Así el pueblo se dolía,
Pero por fin iba á verla.
Llevaron á Doña Luz
A un tablado de madera
Dó hay un sitial sin respaldo
Preparado para ella.
Detrás se sentó el verdugo,
Y al pié se hacinó la leña
Donde debía morir
A no probar su inocencia.
Cercaron todo aquel sitio
Soldados, y hecha la vènia
Al rey, los jueces del campo
Fueron á abrir las barreras.
Leyóse el pregon dos veces,
Y al sonar de las trompetas
Armado el acusador
Se presentó en el arena.
Salió por frente al tablado,
Pero por la parte opuesta
No pareció un caballero

Si se apercebíó una seña.
Volvió á entablarse en voz alta
La acusación y en presencia
Del pueblo fué condenada
Pues que no hay quien la defienda.
Rompió en aplausos la gente,
Prendió el verdugo la hoguera
Y desplomóse de espaldas
Desmayada la princesa.
« ¡Perdon! » decían algunos,
Y la muchedumbre: « ¡Muera! »
Cuando á la puerta del Norte
Sonó aguda una trompeta.
Calló asombrada la turba,
Y apercebido á la guerra
Seguido de cinco pajes
Entró un ginete á la prueba.
Con los blasones reales
Su negro escudo acuartela,
Caballos trae de batalla
Y corona en la cabeza.
Y es personaje sin duda
De real casa y reales prendas,
Pues mete en liza escuderos
Y pajes delante lleva.

V.

EL JUICIO DE DIOS.

Llegó el caballero incógnito
A los andamios reales,
Y alzándose la visera
Y con el rey encarándose,
Del infante Don Favila
Mostró el severo semblante.
Quedaron los cortesanos
Atónitos al mirarle;
Perdió la color el rey,
Y sobre el escaño alzándose
Plática entabló con él
Entre iracundo y amable.

El rey. Primo, seais bien venido.

¿Qué viento á Toledo os trae?

D. Favila. El que vuestros pregoneros
Con vuestras sentencias hacen.

El rey. ¿Sabeis pues vuestra deshonra?

D. Favila. Vedlo, pues no llevo tarde.

El rey. ¿Habeis caminado mucho?

D. Favila. Toda cuanta tierra cabe
Desde Asturias á Toledo.

El rey. ¿Y habeis hecho tanto viaje...?

D. Favila (vivamente). Para lidiar como
es justo.

El rey (con ira). ¿Favila...! ¿por la culpable?

D. Favila. ¿Por Dios que he corrido bien
Por llegar en este instante!

El rey. ¿Sabeis cuál es su delito!
D. Favila. Sé, primo, que es nuestra sangre,
Y que por no defenderla
Es mengua que se derrame.
El rey. ¿Tendréis tal vez prueba alguna
De su inocencia?
D. Favila. Eso atañe
A los que esto sentenciaron:
Bástame á mí su linaje.
Y sabed que aunque otra fuera,
Ser muger era bastante
Para romper yo una lanza
A no defenderla nadie.
El rey. ¿Noble sois!
D. Favila. Nací en palacio:
Nadie como vos lo sabe.

Y su caballo volviendo
Dejó al rey, que á replicarle
Iba, y desairado viéndose
Dijo iracundo: « ¡Adelante! »
Fuése el duque Don Favila
Al acusador, y en grave
Acento y gesto sañudo
Dijole palabras tales:
« Yo, para lidiar conmigo
« Os dispenso lo que os falte,
« Y no riño mas que á muerte:
« Ved pues si podeis matarme,
« Porque si acabo con vos
« He de daros por infame
« A vos y á todos los vuestros
« A donde la raza alcance.
« Con que á quien Dios se la diere
« Bendígasela su madre. »

Y asiendo un caballo negro
Que de hinojos le da un paje,
Tomó campo Don Favila
Su antagonista imitándole.
Quedó en profundo silencio
La multitud un instante,
Y la atención fué profunda,
Y el temor inexplicable.
Unos están por el duque,
Otros, que el deseo saben
Del rey, anhelan inicuos
Que Doña Luz no se salve.
Y otros, que ven la nobleza
Del que á la batalla sale,
De la princesa dolidos
Por ella plegarias hacen.
Ellos, mientras, lanza enristre
Tendidos hácia adelante,
A la señal de los jueces
Salieron á todo escape.
Viniéronse uno para otro,
Y en el medio al encontrarse
Tal nube de polvo alzaron

Que oscurecieron el lance.
Por movimiento uniforme
Todos en su asiento alzándose
Tendieron tras de los ojos
Los cuerpos para mirarles :
Y el espeso remolino
Con el viento disipándose
Dejó ver las consecuencias
Del encuentro formidable.
Por valor ó por fortuna
De un hote acabó el combate :
Nadie con el cómo atina,
Pero el hecho está palpable.

El bueno de Don Favila
Al acusador cobarde
Tenia á sus piés tendido,
Y la lanza asegurándole
Al pecho, le amenazaba
Con morir ó retractarse.
Grande fué entonces el asombro,
Y el bullicio fué muy grande,
Que hay quien á magia lo achaca,
Y otras causas semejantes.
Y el rey que á su favorito
Mira en tan estremo trance
Lanzó á la arena su cetro :
Mas Don Favila mas hábil
Antes que á tierra llegara
Pasóle de parte á parte.
Rompió en aplausos la turba
Que todo al cabo lo aplaude.
Gozó Don Favila el triunfo,
Y el rey gimíó de coraje.

Dióse por libre á la infanta,
Y empezó á salir la gente,
Cuando confuso tumulto
Se levantó en el palenque.
Asustáronse las damas,
Y hubo voces diferentes
De alarma : « ¡Fuego! — ¡á la vega!
¡Fuera! — matarle! — ¡cogerle! »
Y el alboroto redobla,
Y en la confusion que crece
Unos á huir se preparan,
Otros á la bulla vuelven.
Allá abajo entre una turba
Se ven apenas los jueces
Con sus insignias por alto
A las que ninguno atiende.
Y suenan voces de riña,
Y puños por alto vense,
Aunque en verdad del tumulto
Nadie la razon comprende.
Sonaron, por fin, clarines
Del rey, y entraron ginetes
Que despejaron el campo

Con que logran entenderse.
Volvióse la multitud
A los asientos, volviéronse
Con el rey los cortesanos
A sus sitios preferentes,
Y demandando la causa
El rey, fueron á ponerse
A sus piés tres caballeros
Armados hasta los dientes.
Enojado el rey Egica,
Dijoles : « ¿Quién son? ¿qué quieren? »
Y alzó la voz uno de ellos
Diciendo : « *Vasallos feles,
Amigos de la justicia,
Y del difunto parientes.
Señor, la misma demanda
Entablamos nuevamente,
Y á desafiar venimos
A su vencedor á muerte.* »

Brilló en el rostro del rey
Traidora sonrisa oyéndole,
Y dijo con voz de triunfo
A Don Favila volviéndose :
« Primo, ¿admitis la demanda?
¡Ya veis que con causa vienen!
— ¡Que vengan en horabuena!
Yo traigo quince ginetes,
Y admito por cada cuatro
De mis caballeros, siete.
— Y yo soy con mi sobrino
Mantenedor del palenque, »
Esclamó entrando en la liza
Otro, cuya voz potente
Cubrió el rumor que en pueblo
La nueva noticia mueve.
Frunció las cejas Egica
Viendo al nuevo combatiente
Y esclamó : « ¡Vos, Godofredo,
Vais á lidiar!

— Me parece.
¡Ea! buen duque, á caballo!
Que hombres de nuestra progenie
Por un contrario de mas
Batalla escusar no pueden.
— No, tío, ¡viven los cielos!
Pero algo ha de concederse
A quien como noble lidia
Y abriga sangre de reyes.
Yo solo mantengo el campo,
Que tiren entre ellos suertes
Y al que le toque, que salga.
Pero, ¡ay de ellos si no vencen!
Todos quedarán esclavos
Para cuidar mis lebreles,
Yo arrastraré al que derribe,
Y escupiré á los que queden.
— Eso sí, sobrino mio.

Mas si por desdicha vencen,
Soy tu padrino y no dudes
Que vengaré bien tu muerte.
— ¡Pues á caballo!

— ¡A caballo! »

Y al punto la lid resuelven,
Sentadas las condiciones
Entre padrinos y jueces.
Volvió á temer Doña Luz
Acusada doblemente,
Y el pueblo volvió á gozar,
Porque el pueblo goza siempre.
Salió al combate Don Bristes,
Mozo de años veinte y nueve,
De alma relajada y fiera
Y esforzado como un Hércules.
Mucho de su fama y brios
Por Don Favila se teme
Y dicen que el rey le nombra
Por el mas recio escogiéndole.
Ello es que él y Don Favila,
Lanza en ristre y frente á frente,
Apercibidos esperan
La señal de acometerse.
Diéronse los padrinos,
Y uno para otro viniéndose
En la mitad de la arena
Se hallaron bizarramente.
Don Bristes de una lanzada
Hendió escudo y coselete
A Don Favila, que apenas
En la silla se mantiene.
Y Don Favila mas diestro,
Aunque en golpe menos fuerte
El hombro derecho á Bristes
Certero le desguarnea.
Pero ambos en los arzones
Con buena prez manteniéndose,
Con nuevas lanzas que toman
Segunda carrera emprenden.
Erró Don Bristes el golpe
Por fiarse solamente
De su fuerza, y Don Favila,
De su falta apercibiéndose,
En un vigoroso encuentro
Tendió caballo y ginete.
Muerto, al ver que toca en tierra,
Todos á la par creyeronle,
Mas, caballero famoso,
De su destreza valiéndose,
Con rapidez inaudita
Tornó á alzarse de repente.
Glorioso, arrancó un aplauso...
Y por Dios que lo merece,
¡Porque es asombroso lance
Y sutilísima suerte!
Atónito Don Favila
Quedó, y receloso al verle

Venirsele espada en mano,
Rabioso como una sierpe.
Tambien acudió á la suya,
Mas no tan pronto revuelve
Que no le alcance del tajo
Mucha parte en el almete.
Cargóle el rápido Bristes
Colérico por dos veces
Y evitóle Don Favila
Casi milagrosamente.
Y siempre entrando y saliendo,
Y acuchillándose siempre,
Si bien le trabaja Bristes,
Bien el duque se defiende.
Pero viendo Don Favila
La ventaja que en si tiene
Por ser mejor su caballo
Al que manda fácilmente,
Dió en esquivar á Don Bristes,
Acechando cautamente
Un paso sentado en vago
Que descubierto le deje.
Con lo que el otro creyendo
Que ya Don Favila teme,
Su afán redobla, y su potro
Con tal impetu revuelve
Que ya Doña Luz desmaya,
Y ya murmura la gente,
Y ya con harto trabajo
Los aplausos se contienen.
Mas el diestro Don Favila
Se cierra tan de repente
Con Bristes, que ambos á dos
A tierra á un tiempo se vienen.
Cayó bajo su caballo
Don Bristes ignoblemente,
Y el duque por la garganta
Su agudo puñal le mete.
Soltó la espada el vencido,
Tendió los brazos inermes ;
Y asieron de Don Favila
Los padrinos y los jueces.

D. Godofredo. ¡Dame los brazos, sobrino!
D. Favila. Tío, matarle no basta,
Fuerza es que á toda su casta
Llegue su fatal destino.
Juez. Se abrió el campo, caballero,
A la lid, no á la venganza.
D. Favila. Cuanto derriba mi lanza
Pertenece á mi escudero.
Si en leyes entendeis vos,
Yo entiendo en lances de riñas,
Con que dejad socaliñas,
Señor juez, ¡voto vá Dios!
Escudero, en buena ley,
De impostores para mengua

Arranca al muerto la lengua
Y ponla á los piés del rey.

Juez. A nadie se permitió...

D. Favila (con desprecio). Si á nadie se
ha permitido

Tampoco permiso pido,
Que primo del rey soy yo.

Con cuyas fieras palabras
Desairados los presentes,
Los jueces se desconciertan
Y el escudero obedece.
Y sigue aplaudiendo al duque
Con estrépito la plebe,
Y entréganse despechados
Del vencido los parientes.

D. Favila. Tio, decid á esa dama
Si está su honor satisfecho,

Y al rey si basta lo hecho
Para volverla su fama.

D. Godofredo. El rey se partió, indignado
Tal vez de tu demasia.

D. Favila. Mañana será otro dia
Y se habrá desenojado.

Pues si llora por el muerto
No me tendrá en gran favor.

D. Godofredo. Que lo cuentes es mejor,
Sobrino.

D. Favila. Estais en lo cierto.
Con que, tio, Dios os guarde,
Que he apretado bien los puños
Y tengo varios rasguños,
Segun creo, y se hace tarde.

Y en tanto que hablaban esto
Don Godofredo y el duque,
El rey se salió del circo
Con ira ó con pesadumbre.
Dió por libre á Doña Luz,
Pero, segun se presume,
Secretos designios guarda,
Y negra intencion encubre.
Porque al punto que Don Bristes
Cayó bajo el brazo ilustre
De Don Favila, sus guardias,
Con celo que bien no arguye,
Asieron de la princesa
Y quedó la incertidumbre
De si va libre y honrada
O si presa la conducen.

Ello es que estos pormenores
Que por entre el vulgo cunden
Sospechas alzan y miedos
Que hacen que asaz se murmure,
Y ello es que á hablar en secreto
Por la tarde se reúnen

Los vecinos, y se teme
Que en partidos se pronuncien.
Porque se habla demasiado
Del combate, y atribuyen
A Dios mucha parte y dicen
Que su mano se descubre
Pues que vuelve por el justo,
Y no obra el rey cual le cumple.
Lo cierto es que hay destinados
Cien ginetes que patrullen,
Y el rey ha enviado á su primo
Un mensaje, que en resumen
Le intima que á sus estados
Para volver se apresure.

Y así se pasó la tarde,
Y el mundo en sombras se sume,
Y envuelve el cielo la noche
Con pabellones azules.

Algunas estrellas lánguidas
Acá y acullá relucen,
Diseminadas antorchas
Que mas que aparecen huyen.

La luna asoma á pedazos
Por un peloton de nubes
Que la circunda fantástico
En forma y color voluble.

Y al fin por mas que los nobles
El juicio de Dios divulguen
Haciendo favor al rey,

Y por mas que él disimule,
No queda nadie en Toledo
Tan necio, á quien se le oculte
Que Doña Luz sigue presa
Y que se destierra al duque.

Por eso en la torrecilla
Del gótico alcázar luce
La lámpara misteriosa
Que pena y desvelo arguye

En quien la habita, y por eso
El reposo se interrumpe
De la noche con los ayes
Que necio pavor infunden
En los guardias de la torre,
Y cuyo són les aturde
Mientras en el aire vaga
Y en el aire se consume.

VI.

ENCUENTRO Y RESOLUCION.

¡Ay triste del que ufano
Y alegre en apariencia
Figura á los placeres
Quimérica aficion,
Y rie y goza y muchos
Envidian su existencia,

Y un torcedor secreto
Le roe el corazon.

¡Ay triste del que lleva
Los zelos en el alma
Y afecta en el semblante
La risa del placer,
Y sus palabras mienten
La venturosa calma
Por que suspira ansioso
Su contristado sér!

Si, triste á quien asalta
Perdido un pensamiento
Cuya horrorosa duda
Destruye su ilusion,
Y vaga por su mente
Cual á merced del viento
Pajel desorientado
Sin velas ni timon.

¡Ay pobre caballero
Cuyo leal cariño
Secreto largos años
A su beldad guardó,
Soñando á su querida
Mas pura que el armiño
Y al cabo de una ausencia
Sin honra la encontró!

¿Quién hallará palabras
Que al caballero amante
Consuelen, ó á lo menos
Satisfaccion le den,
Cuando en la lengua torpe
Del vulgo petulante
Prostituido encuentra
El nombre de su bien?

¡Ay! la princesa amaba
En otro tiempo á un hombre
Que los rabiosos zelos
Estimuló del rey,
Y de quien no bastaron
A descubrir el nombre,
Ni el pavoroso juicio
Ni la sangrienta ley.

Si aun la ama, si el delito
Tal vez es verdadero,
¿Porqué por honra propia
No viene á combatir?
¿Porqué si la ha infamado
No sabe el caballero
Satisfacer cual noble,
O cual leal morir?

Mas pues la acusan todos,
Habrá razon alguna

Para que todos la hagan
Tan vil imputacion:
Y entonces ¡ay! ¿quién sabe
Si por fatal fortuna
Ajeno será el crímen,
Y ajena la pasion?

Y ¡ay triste del que lleva
Los zelos en el alma
Y afecta en el semblante
La risa del placer,
Y sus palabras mienten
La venturosa calma
Por que suspira ansioso
Su contristado sér!

Mas Doña Luz á solas
Llorando sin consuelo
Por su galan oculto
Se aflige sin cesar,
Y prematura muerte
De hinojos pide al cielo
Si acaso pudo ingrato
Su corazon cambiar.

Y acaso en este instante
Con torcedor secreto
Los zelos se apoderan
A un tiempo de los dos,
Y van por dos caminos,
Entrambos á un objeto,
El uno en pos del otro
De su ventura en pos.

Está avanzada la noche,
Fria por demas y oscura,
Apagadas las estrellas
Y encapotada la luna.
Sopla á ráfagas el cierzo
Y aunque tormentoso nunca,
Segun por donde se arrastra
Silva, gime, brama ó zumba.
Todo en Toledo reposa,
Y negra, apiñada y mustia
Se ve la ciudad que á trechos
En la sombra se dibuja.
Y allá por entre las peñas
Del valle opaco en la hondura,
Se oye el ronco són del agua
Del Tajo, que se derrumba
Entre los rudos peñascos,
Alzando hervorosa espuma.
¡Medrosos sitios son estos!
Medrosos por las figuras
Informes que representan
Y por tradiciones muchas.
¡Misteriosos son aquellos

Peñascos y quebraduras,
Cuyos contornos se estienden
En irregulares curvas,
Que en la fantasía toman
Forma y variedad difusa,
Y vida en el miedo encuentran
Y en las creencias se abultan!
Avanzando silenciosa
Por su superficie rústica
Viene á estas horas subiendo
Una sombra lenta y muda.
Y ya por paso mas fácil,
O porque mejor le encubran
Con la sombra mas espesa
De los peñascos se escuda.
Cumplido manto la emboza,
Y aunque impedirlo procura,
La malla y los acicates
Por debajo le relumbran,
Y á cada paso se siente
El crujir de la armadura,
Cuyas piezas al moverse
Se separan y se juntan.
Yo no sé qué de siniestro
En tales sitios augura
Quien en tan lóbrega noche
Su fria soledad turba,
Y bien á lo que parece
Conoce el lugar sin duda,
Pues ni en lo áspero tropieza
Ni lo difícil le asusta;
Y avanza y gira á su tiempo
Con precision, y segura
Su planta evita los brezos,
Y los pedregales cruza.
Así de una en otra peña
Llegó trepando á la altura
Hasta tocar del alcázar
Las viejas murallas húmedas,
Donde apartando una piedra
Que falso postigo oculta,
Iba á alzar con una llave
La mohosa cerradura.
Mas no bien la estrecha puerta
Tocaba, cuando la punta
De una espada en la garganta
De repente le aseguran.
« ¿ Quién va allá? » le preguntaron,
Mas con repentina astucia,
« ¡ El diablo! » contestó al punto,
Y con impensada furia
Dando sobre el que le amaga
« ¿ Quién va? » á su vez le pregunta.
Quedaron pues, cara á cara,
Aunque cada cual la suya
Recata cuidadosamente,
Y aprestados á la lucha.
Mas el que amagó primero

Ya por miedo ó por cordura,
Bajando primero el arma
Así la cuestion escusa,
Diciendo: « De todo el muro
Es esta la puerta única.
Solo da entrada á esta torre.
Y vos conoceis la ruta.
Que ibais á entrar está claro,
Conque de dos cosas una:
O el galan de Doña Luz
Sois, ó en la sombra nocturna
Fiado, en la torre entrábais
De oro y de alhajas en busca.
Si lo primero, en mis manos
Tengo yo vuestra fortuna;
Si lo segundo, mis gentes
Apostadas en la hondura
Dan con vos á una señal
En la corriente profunda.
Conque hablad pues.

— ¡ Norabuena!

Y escuchadme: esta es la única
Puerta que lleva á esta torre
Y vos conoceis la ruta.
Que ibais á entrar me sospecho,
Con que de dos cosas una:
O el galan de Doña Luz
Sois, ó en la sombra nocturna
Sorpresa su secreto
Habeis venido en su busca.
Si lo primero, me importa
Estorbar vuestra fortuna;
Si lo segundo, uno es fuerza
Que en la eternidad se hunda.
Con que hablad pues.

— Norabuena,

Y ó la razon se me ofusca
O al cabo de la cuestion
Nos encontramos en suma.
Vos sois el galan oculto.
—Y vos mi rival.

— Sin duda.

Defendeos pues.

— Primero

Fuerza es que aclaremos una.

— ¿ Cual?

— La de con quien reñimos.

—Yo no me descubro nunca
Cuando riño por guardarme.
—Aparte necias escusas,
Señor valiente, que ha dado
Con quien de razones gusta;
Porque me importa el asunto
Mas de lo que se os figura,
Y si es tal vuestro secreto
Que en descubrirlo haya culpa,
Mi nombre es la garantía
De que lo echais en la tumba;

Que el príncipe Godofredo...

— ¿ Vos, mi tío?

— ¡ Bondad justa

De Dios! ¿ eres Don Favila?

— Yo soy.

— ¿ Pero qué te turba?

¡ Oh! de hallarme tan á tiempo
Da gracias á la fortuna,
Que sé mas de lo que crees,
Por mucho que te presumas.
Pero entremos, que no es justo
Platicar en pié y á oscuras. »
Tras cuyas frases metiendo
La llave en la cerradura,
Desaparecieron ambos
Por la puertecilla oculta.

Su infortunio en maldecir,
Y en suspirar y gemir
Se ocupaba la princesa,
Cuando oyó con mucha priesa
Por el caracol subir.

Sobresaltóse advertida
Y así por dentro el cerrojo,
Tal vez temió por su vida,
Que no hay precaucion perdida
Del rey contra el fiero enojo.

Dieron cautelosamente
Dos golpecitos por fuera,
Mas Doña Luz cautamente
A oír aguardó prudente
La voz de la escalera.

« Luz! » dijeron, mas tan quedo
Que no pudo conocer
El acento y tuvo miedo;
Porque tenia en Toledo
Mucha traicion que temer.

D. Favila. Abre, Luz, ¿ no me conoces?

D. Godofredo. Despierta, si estás dormida.

D. Favila. Por dulce sueño que goces
Desvelente, Luz, mis voces,
Despierta por Dios, mi vida!

A cuyo amoroso acento
Respondiendo el corazon
De Doña Luz, y un momento
Dudando, abrió su aposento
Al iman de su pasion.

Pero mirando turbada
A Godofredo con él,
Recibióles reservada,
Severa y disimulada,
Siempre á su secreto fiel.

D. Luz. Tal vez, buenos caballeros,
Con nobleza ya escensiva

Venis de nuevo á ofreceros;
Tal favor agradeceros
Sabré yo mientras que viva.
Que aunque será, segun creo,
Por breve tiempo quizás,
Lo grande de mi deseo
Podrá suplir lo demas.

D. Godofredo. ¡ Qué farsa es esta que veof
Luz, la brevedad importa,
Responde: esta letra ¿ es tuya?

Quedó Doña Luz absorta
Cuestion tan precisa y corta
Sin atinar como huya.

Y el tío que esto previno
A los ojos la ponía
El escrito pergamino,
Que á dar en sus manos vino
Allá en Alcántara un día.

Posaba convulsamente
En él la avara pupila
Doña Luz; su tío en frente
Sonreía dulcemente,
Y temblaba Don Favila.

Al cabo rompió á llorar
La pobre madre culpada,
Sin osarle preguntar
Por su prenda abandonada
En los brazos del azar.

Y abriéndola con ternura
Los suyos Don Godofredo:
« ¡ Ven! (la dijo) está segura
« Esa prenda de ventura,
« Pero lejos de Toledo.

« Y abrazaos ¡ vive Dios!
« Que el cielo piadoso aprueba
« Lo que hartó costó á los dos;
« Que va de la culpa en pos,
« Pero aborrece la nueva. »

Y los dos tiernos amantes
Por tanto tiempo constantes
En un cariñoso abrazo
Lid olvidaron y plazo
En tan ansiados instantes.

Lloraban ambos al par
Con lágrimas de ternura
Y ya próximo á llorar
El tío sin respirar
Bendecía su ventura;

Cuando oyeron de repente
De pobre instrumento el són,
Y entre el són de la corriente
Del Tajo, alegre cancion
Entonada diestramente.

D. Godofredo. ¡ Ea! no escuse lo menos
Quien ha emprendido lo mas,

Id vuestra ruta serenos,
Que mis caballos son buenos,
Y os queda un amigo atrás.
D. Luz. ¡Cómo, señor, ¿qué es aquesto?
D. Godofredo. Todo lo tengo dispuesto.
Y no hay remedio mejor
Ni para guardar tu honor,
Ni para evitar su arresto.
D. Favila. ¿Y el rey?
D. Godofredo. Yo me quedo aquí.
Esposos sed ante Dios,
Que, el rey Egica ante mí,
Tendrá que ver que nació
El mas justo de los dos.

CONCLUSION.

Estaba cercano el día;
La luna en el horizonte
Escasa luz despedía
Y á largos pasos se hundía
Detrás del alzado monte;
Cuando solo y descuidado
En largo manto embozado
Espacio entraba en Toledo
Un hombre, que bien mirado
No era otro que Godofredo.
Y allá á lo lejos se vian
La estensa vega cruzando
Varios ginetes que huían,
Que mas se desvanecían
Cuanto se iban alejando.
Pasó Godofredo el puente,
Y apenas apareció
La aurora en el rojo oriente,
Firme el pié y alta la frente
En el alcázar entró.

Lo que pasó dentro de él
Entre el infante y Egica
Nadie en Toledo lo esplica
Ni se halla en ningún papel.
Ello es que Don Godofredo
De un hora tras él despacio,
Volvió á salir de palacio,
Y se ausentó de Toledo.
Y en el aire triunfador
Con que dicen que salía
Bien claramente se via
Que llevaba lo mejor.
El rey desde su partida,
Presa de oculto pesar,
Cercano estuvo á exhalar
A sus rigores la vida.
Y en cuanto esta le duró
Ni al duque persiguió mas,

Ni el bello nombre jamás
De la princesa mentó.
Y aunque recias tempestades
Fueron á turbarles luego,
De su retiro el sosiego,
Y el bien de sus soledades,
Del rey su tío á cubierto
Ellos allá en sus estados,
Vivieron muy bien casados,
Y esto es, ¡oh lector! lo cierto.
Y acaso en otra ocasion
Si tu favor me aseguraras,
Sabrás otras aventuras
De Doña Luz, que hartas son.
Mas si no son de tu gusto,
Lector, las que te conté,
No hablemos mas, porque á fé
Que no me coje de susto.

LEYENDA SEGUNDA.

HISTORIA
DE

UN ESPAÑOL Y DOS FRANCESAS.

CAPITULO I.

DE COMO UN ESPAÑOL SE ENAMORÓ DE UNA
FRANCESA.

En un día de febrero,
Como á las tres de la tarde,
Del rio Arlanza mirando
Los fugitivos cristales,
Y entre el camino de Francia
Y el rio humilde paseándose,
Viase á un hombre vagando
Por su solitaria márgen,
Hidalgo y rico á juzgar
Por su gentileza y traje.
En secretas reflexiones
Abismado y sin curarse
De cuanto en redor pasaba
Seguia, cual si ocupasen
Su mente graves cuidados
O duelos su ánima graves.
Parado estaba del puente
Cabe los altos pilares,
Cuando llamó su atención
Ruido y polvareda grandes
Que alzaban muchos ginetes
Por el camino adelante.
Alargó pues el hidalgo
Sus pasos para encontrarles

Bien fuese curiosidad
O bien que les aguardase.
Salió al lindel del camino,
Y á la turba aproximándose
Peregrinos vió y juzgóles
Genté de noble linage.
Dos damas y un caballero
Eran, y con antifaces
Traian cubierto el rostro,
Costumbre de tiempos tales.
Caballos traian recios,
Cruces de plata, y por pages
Quince ginetes armados
Del casco á los acicateas.
Llegados ante el incógnito
El caballero parándose
Dijole: « Dios sea loado,
Buen hombre. » Y él con voz grave
Repuso: « Loado sea
Por siempre, buen caminante.
— ¿Por dónde voy al palacio
Del conde Garci Fernandez?
— ¿Pensais en el hospedaros?
Sí, que pienso.

— Muchas calles

Hay que cruzar, y yo mismo
Es mejor que os acompañe,
Si la atención no os enoja.
— Si ese camino lleváreis
Para ir á vuestros quehaceres
Consiento, y Dios os lo pague.
— Voy tambien hácia palacio.
— Entonces echad delante. »

Tomó el de á pié en este punto
La vuelta á los arrabales,
Y sin que hubiesen los guardias
Ocasión de demandarle
Sino de hacerle gran honra
Como á ilustre personaje,
Entró en Burgos por la puerta
Que á Santa Maria cae.
Y aquí, con los peregrinos
Que le seguían juntándose,
Conversacion introdujo
Con palabras semejantes:
« ¿Y á donde es el derrotero?
— A Santiago.

— Es una imágen

Y una iglesia milagrosas.
¿Y de qué tierra se parten?
— Desde Tolosa de Francia.
— ¿De agradecer es el viaje!
¿Es devocion ó promesa?
— Es devocion y eso baste,
Que habeis hecho tres preguntas
Sin que os preguntara nadie.
— Perdone el buen peregrino.

— Vaya el buen guia adelante. »
Y en esto el de á pié teniéndose
Ante un edificio grande
Alzado en una plazuela,
Dijo entre sério y afable:
« Vea lo que habla el romero,
Pues aquí es fuerza que pare
Quien á mi palacio llega
A demandar hospedage.
— ¡Cómo! ¡Sois por vida mia...
— El conde Garci Fernandez.
— El de Castilla perdone.
— El de Tolosa demande,
Que anduvo el guia indiscreto
Y hará el conde castigarle.
Pero pié á tierra, señores,
Que esta es su casa. »

Y con tales

Palabras ayudó el conde
A las damas á apearse;
Y entrándose por sus puertas
Con corteses ademanes
Las dió el brazo en la escalera
Sin que ellas se le esquivasen.

Cómo entra amor en el alma
En verdad que no se sabe,
Pero ello es que él tiene llave
Para abrir el corazon;
Y una palabra, un suspiro,
Dicha ó exhalado apenas
Son á veces las cadenas
Con que ata nuestra razon.

Cadenas hechas de flores,
De deseos y de antojos,
Forjadas en unos ojos
De pudoroso mirar,
O en unos labios de púrpura
Que sonrien tiernamente,
Ensayados diestramente
En sonreír y en hablar.

¡O amor, qué bien escogistes
Aunque niño, loco y ciego,
Lugar dó esconder tu fuego
Y tu irresistible iman!
Porque ¿cómo recelarse
De unos ojos inocentes,
Y de unas indiferentes
Palabras que al alma van?

¡Ay! poco á poco se miran
Y se escuchan poco á poco,
Y nace un deseo loco
Que, aunque aislado y sin valor,
Tras él otro y otros trae,
Que ardientes y decididos

Nos despeñan impelidos
Por las simas del amor.

Así al conde de Castilla
Labraba su desventura
La peregrina hermosura
Que en su palacio hospedó;
Y él, que esquivó los halagos
De castellanas hermosas,
En las redes codiciosas
De la francesa cayó.

Aspid fatal que introdujo
El mismo conde en su seno,
Y cuyo dulce veneno
Bebía con avidez
Tan ciego y desatentado,
Que cuanto más le apuraba,
Mas el infeliz dudaba
Que fuese poco á su sed.

Si, porque ¿quién no le apura
Ofrecido en rico vaso
Que incita á beberle acaso
Con su esquisito primor?
¿Quién fascinado no corre
Tras unos ojos de fuego
Que nos roban el sosiego,
La prudencia y el valor?

¡Y á fé que era encantadora
La dichosa peregrina!
Bellísima era Argentina,
Y de prosapia real.
Y él, que vió sus ojos cándidos
Sin los dobleces del velo,
Creyó su azul como el cielo
Signo de dicha inmortal.

Y vió una vez fascipado,
Miró luego respetuoso,
Amó despues silencioso
Y amó con ansia despues;
Primero dispuso fiestas,
Luego presentes y galas,
Y al fin de su amor en alas
Cayó sin fuerza á sus piés.

Y una noche entre los mirtos
Del jardín de su palacio
Cuando á solas y despacio
Por fortuna la encontró,
Tomó sus manos de nieve
Y doblando la rodilla,
La corona de Castilla
Loco de amor la ofreció.

« ¡Oh bellísima Argentina!
(La dijo el rendido amante)
Desde el fortunado instante
En que por dicha te vi,

Mi voluntad, mi deseo
A mas ventura no alcanza
Que á la débil esperanza
De tenerte junto á mí.

De noche allá en mis delirios
Tu imágen se me aparece,
Y el alma se me estremece
Con tan dichosa ilusion.
La luz que radia tu rostro
Mi corazon ilumina,
Y aun tu sombra ¡oh mi Argentina!
Acrecienta mi pasion.

De día ansioso te busco,
Dajo tus rejas paseo
Y venturoso me creo
Si de la reja á través
Alcanzo tu sombra errante,
Aun sabiendo ¡vida mia!
Que mi amorosa agonía
Ni te imaginas, ni ves.

Creí que podria un tiempo
Mas que mi destino fuerte
Olvidarte ó no quererte,
Mas neciamente creí.
Yo te amo, si; cada día
Que por mi existencia pasa
Mi pasion crece sin tasa,
Y no hallo vida sin tí.

Y pues te brinda el destino,
¡Oh bellísima francesa!
Sé en Castilla la condesa,
La luz de mis ojos sé,
Y piensa que en compañía
De quien tan fino te adora,
Tú serás reina y señora,
Yo tu esclavo viviré.»

Y así diciendo el buen conde
Las manos le acariciaba
Y el rostro la contemplaba
Con amorosa ansiedad;
Y ella inmóvil y en silencio
Con angélica sonrisa
Contemplábale indecisa,
Mas confiada en verdad.

Sus manos le abandonaba
La hermosa sin defendellas,
Y el conde estampaba en ellas
Sus labios con hartó ardor,
Mientras la luna que huía
Y las auras que sonaban
Prestaban luz y armonía
A aquella escena de amor.

Y quien sabe lo que pueden
La solitaria frescura.

La ilusion y la ventura
De una noche y un jardín;
Quien ve el empeño del conde,
Y la paz con que ella escucha,
El sí con que le responde
Imagínese por fin.

Un sí pronunciado apenas
Fugitivo y balbuciente,
Pero espresivo, elocuente,
Espontáneo, abrasador.
Un sí cuyo eco encantado,
Cuyo sonido improviso
Abrió al conde un paraiso
De deleites y de amor.

Cayó Argentina en sus brazos;
Dobló en su pecho la frente
Y un beso, aunque puro ardiente,
En ella el conde posó,
Y la niña, no ofendida
Mas cautelosa, apartándose,
De su buen padre, ausentándose,
El dulce nombre invocó.

El conde, que era entendido,
Aprovechando el momento
A poco en el aposento
Del huésped se hizo anunciar,
Y allí con él encerrado
Y de Argentina en ausencia
La importante conferencia
Comenzaron á entablar.

El Francés. Generoso castellano,
¿Qué puedo hacer por serviros?
El Castellano. La dicha vengo á pedirlos.
El Francés. Si está en mi mano os la doy;
Mas decidme ¿en qué manera
Alcanzo á vuestro destino?

El Castellano. Oídme, buen peregrino,
Que á descifraros lo voy.

Yo os dí por vuestra nobleza
En mi palacio hospedage,
Y os vino á hacer homenaje,
Cuanto en Castilla hay mejor.
Ardió mi tierra en festejos
Por los condes de Tolosa,
Y solo existe una cosa
Con que pagarme, señor.

El Francés. Decidla pues, que aunque sea
La mitad de mi corona,
Mi fé desde aquí os la abona
Para delante de Dios.

El Castellano. Pues bien, teneis una hija,
Yo apelo á vuestra promesa
Y quiero hacerla condesa
Sin que lo herede de vos.

El Francés. ¡A Argentina!
El Castellano.

Si por cierto.

Y ved que de otra manera
Haceros cargo pudiera
Como á huésped desleal,
Porque yo os franqueé mi casa,
Y os dí cuanto poseía
Y robáisme el alma mia,
Con que me pagais muy mal.

Quedó el francés á estas voces
Sombrio y meditabundo,
Pues que no habia en el mundo
Cosa que irlé á demandar
Que él diera de peor gana
Ni á un conde, ni á un extranjero,
Porque el acaso altanero
De conde aspiró á pasar.

Mas mirando que le estaba
Del hospedage obligado
Y que el español honrado
Vivia y con gran poder,
Pensó que andaria necio
En negarla al castellano,
Que si no era un soberano,
Honrara hartó á una muger.

Tendió pues la mano al conde
Con cortesana sonrisa,
Y sentando por precisa
Y absoluta condicion
La voluntad de Argentina,
Contestó que él la otorgaba,
Puesto que en dársela obraba
Conforme á su obligacion.

La boda, pues, acordóse,
É impaciente Don García
Casóse en Santa María
Aun no transcurrido un mes;
Castilla y Tolosa hicieron
En las fiestas competencia
Y hubo festin y licencia
Muchas semanas despues.

Vino á ofrecerse rendida
A su nueva soberana,
La nobleza castellana
Siempre á sus condes leal;
Y cumpliendo el de Tolosa
En Santiago su promesa
Volvióse á tierra francesa,
Siendo el gozo universal.

CAPITULO II.

DE COMO SE LAS HUBIERON LA FRANCESA
Y EL ESPAÑOL.

Mas ¡ay del necio que fia
En la muger y en el viento,
Que cambian en un momento
De rumbo y de fantasia!

Y ¡ay de quien fia en estraños,
Que aunque halagarnos pretendan
Preciso es que al fin nos vendan
O con fuerza ó con engaños!

Dos años y no cabales
Vivieron ambos esposos,
Tiernos siempre y cariñosos,
Alegres siempre é iguales.

Amábala el español
Con tan ciega idolatría
Que, antes que en ella, creeria
Que hubiera mancha en el sol.

Y amábale la francesa
Con intensidad tan rara
Que mejor se la juzgara
Favorita que condesa.

No habia para él mas gloria
Que su amor, y en tal exceso,
Que cambiara por un beso
La mas preciada victoria.

No habia gusto para ella
Si con él no le partía,
Y el vulgo en fin los creía
Nacidos bajo una estrella.

Tambien lo creía el conde;
Pero al fin dió en un abismo,
Que ¿quién por otro responde
Si aun duda uno de sí mismo?

Vino dos años despues
Desde tierras de Tolosa
De los padres de la esposa
Con regalos un francés.

Para mas ostentacion
De la amistosa misiva
Vino con gran comitiva
De gente de estimacion.

Toda hidalga y opulenta
Que entre ella nobles venian
Que provincias mantenian
Con sus tropas y á su cuenta.

Trajeron mil invenciones,
Refinamiento elegante
Del lujo, heraldos delante,
Pages detrás y bufones.

Y en fin entre su equipage
Con esplendidez estraña
Hasta tiendas de campaña
Para las siestas del viage.

Cuyas cosas en Castilla
Por gente sóbria habitada
Tuvieron boga sobrada,
Rayando en la maravilla.

Tomaron de ellos los trages
Por gusto de la condesa,
Y armáronse á la francesa
De bufones y de pages.

Diéronse mútuos festejos,
Y fué con tanta porfia
Que cada cual ir queria
En lo liberal mas lejos.

Su ventaja al conocer
En caballos los de Francia
Abrieron con arrogancia
Un campo donde correr.

Con lo cual los burgaleses,
Gente en los combates ducha,
Abrieron campo á la lucha
De á pié contra los franceses.

Bajaron de la montaña,
De tal fiesta á los rumores
Los mas fuertes lidiadores
Que daban honor á España.

Y al fin mas pronto ó mas tarde
De mil diferentes modos
De su bizarría todos
Vinieron á hacer alarde.

Hubo castellanos nobles,
Que en cabalgar muy maestros
Con los franceses mas diestros
Ganaron apuestas dobles.

Y hubo muchos castellanos
Que en lucha franca y leal
Se la hubieron harto mal
De los franceses á manos.

Pero sobre todos uno,
Gallardo Alcides francés,
Luchó una vez contra tres
Y no le rindió ninguno.

Mozo era de sangre noble,
Chico de cuerpo, mas fiero,
Como los vientos ligero,
Y robusto como un roble.

Él fué siempre el vencedor,
Y en la liza al presentarse
Los demas no retirarse
Era solo por honor.

Llamábase el tal Lotario,
Y para amorosos lances
Nadie le iba á los alcances,
Pues rayaba en temerario.

Y aunque cortés y cumplido,
En su fortuna fiado,
Jamás respetó sagrado
De padre ni de marido.

Hipócrita mas que fiero,
Con una segura táctica,
Los medios ponía en práctica
Mas infalibles primero.

Iba tras de los devotas
A las iglesias rezando;
Con opulentas tratando
Gastaba con manos rotas.

Donde habia un padre viejo
Idólatra del honor,

Por la palabra menor
El duelo era su consejo.

Donde familia pacífica,
Via que, aunque retirada,
De oro y de bienes sobrada
Le recibía magnífica,

Él, con gravedad enfática
Cada visita que hacia,
Por lo grave parecia
Una mision diplomática.

Y por fin de astucia estrema
Dotado, el refran usaba
Que á cada paso encajaba,
Cada loco con su tema.

Con esto y con ser al par
Gran músico, no hubo dama
Que al reclamo de su fama
No le viniera á admirar.

Él, de las galas francesas
Llevaba la palma toda,
Y él era el galan de moda
Con las damas burgalesas.

La plática principal
De las mas hermosas niñas,
Eran las rondas y riñas
Del amante universal.

Y todas de sus amores
Anhelando ser objeto
Disputábanse en secreto
Sus mas minimos favores.

Mas él, de su fiel fortuna
Audaz siguiendo las huellas,
Se olvidó de las estrellas
Al postrarse ante la luna.

« ¿Qué tienes, paloma mia?
Preguntaba el conde un dia
A solas á su condesa,
¡Bien sabe Dios que me pesa
Mirar tu melancolia!

Si tal vez por un descuido,
Imprudente ó no advertido,
Vida mia, te ofendí,
Perdon de hinojos te pido:
Sino ¿que te aqueja, di?

Comprender la causa quiero
Del dolor que te atormenta;
Ni esposo ni caballero
Seré si no te prefiero
A las cosas de mas cuenta.

No, Argentina, en mi condado
No hay objeto que me importe
Lo que tu amor regalado;
Dime pues ¿quién te ha enojado?
¿Algun chisme de la corte
De alguna dama envidiosa
O de algun necio me infama?

¿Pudiste olvidar, hermosa,
Que tú á la par de mi esposa
Has sido siempre mi dama?

Y cuando no hay en Castilla
Otra como tú tan bella,
Qué pienses me maravilla
Que en mi tu amor amancilla
Ni casada ni doncella.

¡No por Dios, paloma mia!
¿El conde así venderia
El amor de su condesa?
Que lo imagines me pesa
Mas que tu melancolia. »

Tal dijo el conde á su esposa,
Mas no logró una respuesta
Que pusiera manifiesta
A sus ojos la verdad.
Pasó un dia y otro dia,
Y á su mismo afan tornando
Volvió á porfiar quedando
En la misma oscuridad.

Tornábala el pobre esposo
Con la candidez de un niño
A ponderar su cariño
Con minucioso placer.
Llamábala con los nombres
Mas sentidos y halagüeños,
Sol, arcángel de sus sueños...
Cuanto halaga á una muger.

Y tomando entre sus manos
Su peregrina cabeza,
Contemplaba su belleza
Con alegría infantil:
Y estático en sus hechizos
El purísimo reflejo
De sus ojos le era espejo
De su sonrisa pueril.

Besaba su frente pálida,
Sus párpados transparentes
Y sus mejillas ardientes,
Y sus labios de coral,
Y los rizos olorosos
De su flotante cabello
Suspendidos por el cuello
En complicada espiral.

Y el triste de cualquier modo
Y aun á su costa quisiera
Una sonrisa ligera
De sus labios arrancar;
¡Mas era empeño insensato!
El embozo impertinente
Con que nublaba la frente
No pudo nunca apartar.